UN JUEZ EN LOS INFIERNOS

Primera edición: marzo 2026

Un juez en los infiernos
Manuel Vicuña

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito
del editor. Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este
libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o
alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial

© Manuel Vicuña
© Editorial Planeta Chilena S. A., 2026
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile

ISBN:
Registro de propiedad intelectual:
Impreso en:

UN JUEZ EN LOS INFIERNOS

Un ensayo biográfico sobre Benjamín Vicuña Mackenna

Manuel Vicuña

CRÍTICA

Para mis hijos Simón, Samuel y Dominga

Índice

Prefacio 11
I. Pasión necrofílica 19
II. Al pie de la fuente 23
III. Oro por tinta 37
IV. La desmembrada familia americana 51
V. Botín de guerra 59
VI. El discurso del método de Andrés Bello 69
VII. Memoria facciosa e historia nacional 79
VIII. Riesgos de escritura 91
IX. En el banquillo de los acusados 99
X. Ni libelo ni apoteosis 107
XI. El monstruo y el historiador 119
XII. La sociedad de la igualdad 129
XIII. Los girondinos chilenos y el sueño de una vida póstuma 135
XIV. Imposturas liberales 143
XV. Puntos ciegos 155
XVI. Rehabilitación y condena 159
XVII. Literatura de frontera 167
Epílogo 171
Bibliografía 173

Prefacio

Benjamín Vicuña Mackenna fue un hombre multidimensional, el más polifacético de los autores chilenos del siglo XIX. Sus contemporáneos vieron en él a un prodigio, a alguien tocado por una suerte de manía creativa, impelido por una fuerza proteica. Su capacidad de trabajo, la diversidad omnívora de sus intereses, y su productividad industrial como escritor, rayaron en lo inverosímil. Siendo joven, condenó los "imbéciles placeres del reposo", las horas perdidas, el simple discurrir de los días; más tarde hizo una promesa que cumpliría plenamente: "Mientras la mano se deslice sobre el papel […] habremos de llenar la faena".[1] A los treinta y cuatro años, resentida su salud "por el exceso de labor", un postrado Vicuña Mackenna, a quien los médicos incluso le prescriben abstenerse de leer, consigna, a contrapelo: "me encuentro más enfermo cuando no trabajo que cuando lo hago. Conozco que mi mejor medicina es la tinta".[2] Con el tiempo, como un logógrafo en trance, terminaría escribiendo a lápiz para ahorrarse el tiempo perdido en mojar la pluma en el tintero. La desmesura, si algo, fue la marca de su vida.

Miguel Luis Amunátegui apuntó que, más que libros, Vicuña Mackenna nos había dejado una biblioteca. Bartolomé Mitre, pensando en la dimensión titánica de su obra, lo llamó el "Hércules de la literatura chilena". Rubén Darío llegó a calificarlo de "monstruo de la naturaleza", debido a esa fecundidad eruptiva.

Un "hombre múltiple", lo nombró, a su turno, José Victorino Lastarria; como otros contemporáneos suyos, también lo juzgó el primer "escritor verdaderamente nacional", y esto por haber sido capaz de abordar y capturar, con su prosa aluvional, tantos y tan diversos aspectos del pasado y del presente de Chile.[3]

Nació en 1831 y murió a los cincuenta y cinco años, en 1886. Recibió la educación habitual entre los hijos de la elite. Partió por las aulas del Instituto Nacional, siguió con estudios de derecho. Profesó un desprecio republicano por la sagacidad artificiosa de los abogados maniobreros. Leyó con avidez mórbida cuanto estuvo a su alcance, adquiriendo una vasta cultura literaria, además de científica. Nunca ignoró el potencial práctico de los saberes, interesándose en la canalización de los ríos, en la defensa de los bosques, en el desarrollo urbano, en la inmigración y en la colonización, en la educación popular y en la industria de la prensa, en la explotación minera y, en general, en todo lo relativo al potencial económico y social de los recursos naturales del país. Alguna vez pensó llevar una vida retirada en el campo, dedicado a la agricultura, rubro en el cual realizó estudios en Inglaterra. A décadas de su muerte, su viuda y sus hijas, aún reacias a admitir el carácter concluyente de esa pérdida, hacían todo lo posible por restablecer relaciones con él, mediante sesiones de espiritismo.[4]

Cultivó una erudición apegada al rumor de la plaza pública y se sumergió en la política sin grandes prevenciones. Conspiró, fue revolucionario, lideró tropas insurgentes usando una táctica aprendida en las ficciones históricas de Walter Scott; sufrió exilio en dos ocasiones, ambas durante los gobiernos de Manuel Montt (1851-61). La constitución de 1833 le pareció una aberración histórica: tras su fachada liberal, identificó la resurrección del despotismo. Como intendente de Santiago (1872-75), emprendió el programa de modernización urbana más ambicioso de todo el siglo XIX, bajo la utópica pretensión de transformar a la capital de Chile, una aldea protuberante cuya historia conocía como nadie, en el París de América.[5] Liberal por convicción y tradición familiar, fue diputado, senador y candidato a la presidencia; en esta última condición, renovó las prácticas de campaña de su época,

atizando, a todo pulmón, una cultura nacional de la movilización política. La defensa de la soberanía popular fue una constante de su vida pública. Esta vocación democrática, que le hizo popular entre el mundo obrero, no le eximió, sin embargo, de los prejuicios de género comunes en la época; tampoco le inmunizó contra el anti-indigenismo de las elites criollas, que practicó con particular vehemencia. Sobre las diferencias étnicas, en efecto, Vicuña Mackenna trazó una frontera sociocultural casi impermeable entre civilización y barbarie, ambicionando la consolidación del Estado-nación mediante la apabullante derrota militar de los mapuches. Ejercitó el americanismo, y no solo de palabra, pero al final —la guerra del Pacífico de por medio— acabó convertido en el gran líder de opinión del victorioso nacionalismo chileno.

No he pretendido compaginar todo lo anterior en una nueva biografía del personaje.[6] Más bien me he fijado en ciertos episodios, en ciertos aspectos, y en parte importante de su obra como historiador, desplazándome con la libertad del ensayista, a fin de proponer asociaciones imprevistas y revelar, si es posible, nuevas constelaciones de sentido. Sobre todo busqué cruces entre biografía, historiografía e historia política: en esas encrucijadas he encontrado la posibilidad de abordar cuestiones particulares y generales cuyo interés desborda lo inmediato a Vicuña Mackenna. En las páginas que siguen, entonces, no solo me ocupo de su vida y de sus textos. A propósito suyo, también trato las condiciones de producción del discurso historiográfico; la emergencia de la figura del historiador como artífice de proyectos nacionales y comunidades políticas; el desarrollo de la historia en tanto campo intelectual dotado de relevancia pública y de un estatuto disciplinario autónomo; y las tensiones de los liberales confrontados con su propia memoria. La historiografía chilena del siglo XIX ha sido explotada como cantera de información por todos quienes trabajan ese periodo, pero el examen de su constitución como disciplina, con sus propias prácticas y normas instituyentes, ha recibido escasa atención. Incluso quienes simulan dedicarse a su estudio suelen etiquetarla sumariamente para ahorrarse esfuerzos

serios de comprensión. Se conforman con endosarle la categoría de *positivista*.

Los lectores contemporáneos a Vicuña Mackenna se preguntaban si sus libros, compuestos a la carrera, arrojando documentos a la "rápida corriente de su pluma", tendrían una vida perdurable, o bien, si estaban condenados a morir con la misma rapidez desaforada con que habían sido concebidos. "Esa rapidez hace que la imaginación degenere en fantasía y que la libertad del escritor —sentenció un reseñador de uno de sus libros más irregulares— llegue a convertirse en un verdadero libertinaje de la pluma. El señor Vicuña Mackenna parece dominado por una fiebre de producción devoradora, que lo hace pasar con una sorprendente rapidez de un polo al otro del mundo intelectual y no se puede impunemente someter la inteligencia a esa gimnástica violenta".[7]

Vicuña Mackenna fue un historiador paradójico, o quizá, sencillamente, contradictorio. Por un lado, desempeñó un rol clave en la difusión de los protocolos empíricos de la nueva disciplina, con su acento en la investigación documental, contribuyendo como pocos a propagar lo que aquí llamo el *discurso del método de Andrés Bello*; por otro, si pensamos en los grandes historiadores chilenos de su época, fue el menos proclive a domesticar su imaginación como escritor en beneficio del parco ideal objetivista de la verdad. Atesoró documentos con pasión de coleccionista; a partir del material de los archivos, talló una multitud de heterogéneas piezas escritas; y se transformó, como inclusive admitían sus críticos, en el "autor favorito de nuestro público", aun cuando su talento de "literato", esa amenidad desenvuelta de sus narraciones, habría acabado por eclipsar, a la larga, su valor como historiador.[8]

Este juicio se haría más enfático con el paso de los años y la consolidación de la historia como una disciplina universitaria sometida a una vigilancia metodológica crecientemente rigurosa de sus fronteras. Contrastando con la consagración de Diego Barros Arana como modelo del historiador sólido, apegado al estricto decálogo de Bello, la obra de Vicuña Mackenna ha sido desplazada hacia una zona de frontera. En esta, la historia se trenza con la literatura, la imaginación para interpretar la evidencia da

paso a la ficción a secas, y la escritura brilla por sus hallazgos estéticos más que por sus poderes cognitivos con relación al pasado. En cierto modo, Vicuña Mackenna ha resultado una víctima de sí mismo: ayudó a fijar los parámetros de evaluación del trabajo historiográfico en virtud de los cuales, poco a poco, se le iría expulsando de la ciudadela interior de la historiografía chilena, a la par que esta elevaba sus pretensiones de cientificidad y devaluaba, en el mercado de los productos académicos, las narraciones tributarias de un código estético romántico. Esto ha inhibido el estudio de Vicuña Mackenna como un autor esencial en el desarrollo de la disciplina y en la irrupción del historiador como una figura autorizada, por la comunidad nacional, para tomar parte activa en la vida pública del país.

Vicuña Mackenna escribió para personas comunes y corrientes, no para los eruditos o los embrionarios especialistas de una disciplina emergente. Leídos e incluso devorados, sus textos dejaban una "honda sensación" en sus contemporáneos, puesto que, tal como incluso admitían los detractores de sus licencias literarias, sabía "animar el recuerdo y darle vida al pasado, […] despertar en el corazón de sus lectores las emociones, los placeres y las torturas de sentimientos ya desvanecidos".[9] Estilísticamente, se le reconocía su capacidad para llevar la "historia nacional" a las "masas" y llegar "al oído, al corazón y al entendimiento del pueblo".[10] Otros autores podían ser más rigurosos al fundamentar sus aseveraciones, calibrar sus juicios o juzgar el valor relativo de las fuentes impresas, los documentos manuscritos y los testimonios orales, pero ninguno aventajó el poder de evocación ni la fuerza expresiva de los mejores pasajes de sus libros. En cualquier caso, a medida que la literatura y la historia se alejaban formalmente, y la antigua república de las letras, de la cual Vicuña Mackenna era ciudadano, se desmembraba bajo la presión de la especialización de los saberes humanistas, él fue derivando, como autor, hacia una posición excéntrica. Con este ensayo he intentado reintegrarlo al centro de la historiografía nacional, en lo que resultó ser su etapa fundacional como disciplina, tanto en Chile como en el resto de América Latina.

Marc Bloch escribió: "durante mucho tiempo el historiador pasó por ser una suerte de juez en los Infiernos, encargado de distribuir a los dioses muertos el elogio o la condena".[11] Vicuña Mackenna mereció esa reputación; descendió a los infiernos del pasado para ejercer como juez póstumo en el tribunal de la historia; sopesó cargos, aportó pruebas y reunió testimonios; condenó y exculpó, discriminando a los héroes de los villanos y aun de los monstruos; a la larga, erigió un panteón republicano a la medida de sus visiones de grandeza nacional. Hizo todo esto de modo premeditado, con plena conciencia de las implicancias del trabajo, que entendió como un deber cívico del historiador ante su tiempo y ante la posteridad. En 1860, desterrado en Perú, así definió su proyecto como autor de biografías:

> Es preciso, por otra parte, que los hombres sean conocidos como fueron y no como nosotros o sus hijos y deudos hubieran querido que fuesen; es preciso que la posteridad ejercite su rol de tribunal, y de absolución o castigo, delante de las pruebas, antes que estas desaparezcan en el polvo de los tiempos; es preciso que nuestros libros de historia americana tengan siquiera este mérito y este propósito y que haya en ellos al menos *escarmiento* y *ejemplo*, ya que para trabajos de bella literatura nos da la Europa un inagotable acopio; es preciso que los que hoy viven sepan también lo que las generaciones a quienes degradan o sirven dicen de los que les han precedido con honor o vilipendio, aunque solo sea para anticipar en su conciencia el presentimiento de la expiación a que sus nombres, si no su existencia, serán sujetos; todo esto es preciso al que escribe, no por el mero objeto de escribir, sino por ese alto fin de la reparación histórica y de la justicia contemporánea, tarea de espinas, de odiosidades y provocaciones que hacen del escritor de conciencia, en nuestro suelo henchido de pasiones e intereses, un poste de todos los escarnios.[12]

Mientras escribía historia —historia a menudo contemporánea, más propensa a herir la sensibilidad de los vivos y despertar polémica—, Vicuña Mackenna perfiló una figura heroica del historiador que anticipa ciertas imágenes del intelectual moderno. Intentó validar, por esa y otras vías, la autoridad no solo epistemo-

lógica sino también ética de la historia basada en la investigación documental. Actualmente damos por descontada esa autoridad, legitimada y reproducida mediante los procesos formativos de la institucionalidad universitaria. Hacia 1850, la escritura de la historia nacional recién despuntaba, al igual que su enseñanza formal. ¿Cómo construyó su autoridad y alegó autonomía el discurso disciplinar de la historia? ¿Cómo se perfiló la imagen cívica del historiador como guía de la nación? ¿Cómo Vicuña Mackenna reclamó para sí la elevada investidura de magistrado ético de la República? ¿A quiénes sometió a juicio? ¿Bajo qué premisas dictó sentencia? ¿Cuáles fueron las implicancias políticas de esos fallos supuestamente imparciales? ¿Cuáles los cruces entre la escritura de la historia contemporánea y los esfuerzos por darle forma en el ámbito de la experiencia?

Tras estas preguntas se anida una convicción: la historia de la historiografía reviste un interés que supera la constitución de un campo erudito específico. Los historiadores latinoamericanos del siglo XIX son figuras cruciales en el relevo del clero como actores intelectuales en el escenario de unas sociedades más receptivas a los liderazgos seculares. Participan, enérgicamente, en el desenvolvimiento del espacio público y del universo simbólico de las culturas nacionales, y a menudo interrogan el pasado con la ilusión de dilucidar los posibles contornos del incierto futuro de sus países. Y todo esto lo hacen, frecuentemente, con una sensación de urgencia recrudecida por las dificultades ligadas a la accidentada construcción de las nuevas naciones.

En ese contexto, los historiadores debieron hacerse de un lugar en el bosque de las letras, desbrozando un espacio de enunciación adecuado para interpelar a los lectores, ganarse el crédito público, cultivar imaginarios colectivos y, potencialmente, erigirse en tutores de la *polis*. Aquí propongo una versión de esa historia.

* * *

Mis agradecimientos a Andrés Estefane y a Carlos Sanhueza, por la escrupulosa lectura crítica del manuscrito de este libro; a

María Paz Mira, por su prolijo trabajo como ayudante de investigación; y a Rafael Sagredo, director del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, por su constante apoyo a mis pesquisas bibliográficas.